

CAPÍTULO VIII

El interior de un sabio

Eran las nueve de la mañana.

La atmósfera purificada por la tempestad de la noche precedente, había adquirido maravillosa transparencia. Las barcas de los pescadores, meciéndose entre el azul del cielo y el azul del mar, surcaban silenciosamente el golfo, y el caballero San Felice, que se paseaba por el comedor de su casa, hubiera podido contar desde la ventana las quintas que á siete leguas de distancia, y semejantes á puntos blancos, salpicaban la sombría vertiente de Ana-Capri, si dos cosas no hubiesen preocupado en aquel momento su espíritu: primero, la opinión que Buffón emite en sus *Épocas de la naturaleza*, esto es, que la tierra había sido desprendida del sol por el choque de un cometa, opinión que le parecía un tanto aventurada; y segundo, la vaga inquietud que le causaba el prolongado sueño de

su mujer. Desde la época de su matrimonio, aquella era la primera vez que, al salir de su gabinete á las ocho de la mañana, no encontraba á Luisa ocupada en preparar el café, la manteca, los huevos, y las frutas que formaban el desayuno habitual del sabio, desayuno del cual participaba también, con juvenil apetito, aquella á cuya respetuosa y tierna solicitud se debía su preparación.

Después de su desayuno, es decir, á eso de las diez de la mañana, el caballero San Felice, con la metódica regularidad que le era característica — y á menos que alguna grave preocupación moral ó científica no le absorbiese, — daba un beso en la frente á su joven esposa, y, si hacía buen tiempo, tomaba á pie el camino de su biblioteca, no tanto por el placer que le causaba aquel paseo matutino, cuanto por conformarse con la recomendación higiénica de su amigo Cirillo. Desde Margellina al regio alcázar había cosa de kilómetro y medio.

El príncipe Francisco vivía en palacio seis meses; los otros seis los pasaba en la Favorita ó en Capodimonte; durante esta última temporada una de sus carrozas estaba siempre á la disposición de San Felice.

Cuando habitaba el palacio real, el príncipe bajaba á su biblioteca á las once en punto y encontraba

á su bibliotecario en lo alto de alguna escalera de mano, entretenido en buscar algún libro raro ó curioso. Al distinguir al príncipe, San Felice hacía un movimiento para descender; pero Francisco se oponía á que se molestase, y entonces el sabio desde la escalera y el adepto desde su poltrona, empezaban una conversación que casi siempre era literaria ó científica. Á las doce y media, Francisco volvía á entrar en su cuarto. San Felice bajaba de su escala para conducirle hasta la puerta: en seguida, sacaba su reloj, le colocaba encima del escritorio para no olvidar la hora, olvido que hubiera sido fácil en razón á lo agradables que eran para él aquellas ocupaciones, y se ponía á trabajar. Á las dos menos veinte minutos el caballero guardaba sus apuntes en un cajón de su escritorio, que cerraba con llave; metía su reloj en el bolsillo, tomaba el sombrero que llevaba en la mano hasta la puerta de la calle por ese respeto que en aquella época inspiraba la monarquía á los hombres verdaderamente realistas, y se dirigía hacia su casa. Algunas veces, cuando San Felice se hallaba en sus días de distracción, marchaba con la cabeza descubierta desde palacio á Margellina, y no lo echaba de ver hasta que llegaba á las tapias del jardín, á cuya puerta llamaba casi siempre al mismo tiem-

po que se oían las tres en la péndola del salón.

Luisa iba á abrir ó bien esperaba á su marido en la gradería. En seguida se sentaban á la mesa. Mientras comían, Luisa le contaba algo de lo que había hecho durante la mañana, las visitas que había recibido y los acontecimientos de la vecindad. Por su parte, el caballero le refería lo que había visto por el camino, las noticias que le había dado el príncipe, ó el nuevo aspecto de los asuntos políticos, cosa que, dicho sea en honor de la verdad, le llamaba poquísimo la atención y no interesaba á Luisa sino medianamente. Después de comer, Luisa se ponía al clavicordio ó bien cogía la guitarra y entonaba con su dulce y melodiosa voz alguna alegre canción á Santa Lucía ó algún melancólico aire siciliano; otras veces, salían á pie á dar un paseo por la pintoresca ruta del Pausilipo, ó iban en curruaje hasta Bagnoli ó Puzzolo. En aquellos paseos vespertinos, la vasta é inagotable erudición de San Felice encontraba siempre motivo oportuno para referir alguna anécdota histórica ó para hacer alguna observación interesante.

Á la caída de la noche entraban en casa, y raro era cuando no iba á pasar con ellos la velada algún amigo de San Felice ó alguna amiga de Luisa. En el verano, se colocaba una mesa bajo la palmera y

allí se establecía la tertulia; en el invierno se trasladaban al salón. Entre las personas que más frecuentemente iban á acompañarlos figuraba, cuando no permanecía en San Petersburgo ó en Viena, Domingo Cimarosa, el autor de los *Horacios*, del *Matrimonio secreto*, de la *Italiana en Londres*, y del *Director apurado*. El ilustre maestro se complacía en hacer cantar á Luisa algunos trozos de sus óperas, todavía inéditas, á Luisa, en la cual encontraba, además de un excelente método debido en parte á sus lecciones, esa voz fresca, límpida y sin florituras que rara vez se oye en el teatro. Algunas veces iba también un joven pintor de mucho talento y de fecundo ingenio, excelente músico y gran tocador de guitarra; llamábase Vitaliani como aquella pobre víctima de la primera reacción que murió en el patíbulo con Manuel de Deo y Gagliani. También el buen doctor Cirillo concurría, aunque de tarde en tarde, porque su numerosa clientela le dejaba muy poco tiempo de que disponer. La duquesa Fusco iba todas las noches cuando se hallaba en Nápoles. Con ella iba muy á menudo una mujer notable en todos conceptos, rival de madama Stael, como publicista é improvisadora, y discípula de Metastasio, quien le predijo, cuando todavía era niña, un brillante y glorioso porvenir: aquella mujer era Leonor

Fonseca Pimentel. Por último, algunas veces iba la signora Baffi, esposa de un sabio cofrade de San Felice, la cual podía ser, como Luisa, hija de su marido, á quien sin embargo amaba tan entrañablemente como Luisa amaba al suyo. Muy raro era cuando aquellas veladas se prolongaban más allá de las once: por regla general, se pasaban conversando, cantando ó recitando versos; los intermedios se amenizaban con algunos helados y pasteles. En ocasiones, cuando la mar estaba en calma, la noche apacible y la luna llena; cuando sus rayos argentinos reflejándose en las rizadas olas del golfo le salpicaban de lentejuelas de plata, los tertulios descendían á la ribera y se embarcaban en un bote. Entonces, se elevaban al cielo en cantos deliciosos, desde la superficie de los mares, suaves armonías que sumergían al buen Cimarosa en éxtasis divino; ó bien Leonor Pimentel, de pie en la popa como una sibila antigua, y con sus largos cabellos negros destrenzados sobre una sencilla túnica griega, recitaba con acento inspirado estrofas que recordaban las de Píndaro ó las de Alceo.

Nada venía á alterar esta existencia apacible y uniforme que se repetía siempre con la misma regularidad.

¿ En qué consistía, pues, que Luisa, á quien el

caballero había encontrado al entrar la víspera á las dos de la mañana sumergida en tan profundo sueño, y que nunca se levantaba después de las siete, en qué consistía que aún no hubiese salido de su cuarto á las nueve de la mañana?

Á las reiteradas preguntas de San Felice, Giovannina había respondido :

— La señora duerme y me ha suplicado que no la despierten.

Pero acababan de dar las nueve y cuarto, y no pudiendo San Felice dominar por más tiempo su inquietud, estaba decidido á llamar á la puerta de Luisa, cuando ésta entró en el comedor, pálida y con los ojos un poco fatigados, pero más bella, más encantadora que de costumbre.

El caballero salió á su encuentro con intención de reñirla por la inquietud que le había causado; mas al ver que una sonrisa dulce y serena iluminaba su hechicero rostro, como un rayo de luz matutina, no pudo menos de sonreír también, y cogiendo con sus dos manos su rubia cabeza, depositó un beso en su frente y le dijo con una galantería mitológica que en aquella época no tenía nada de ridícula :

— Si la esposa del viejo Titón se hizo esperar, fué para disfrazarse en amante de Marte.

Luisa se ruborizó y apoyó su cabeza sobre el

hombro de San Felice, como si tratara de buscar un refugio en su pecho.

— He tenido sueños terribles, amigo mío, le dijo, y he pasado muy mala noche.

— Y esos terribles sueños ¿ te han quitado también el apetito, así como te han impedido dormir?

— Mucho me lo temo, respondió Luisa sentándose á la mesa.

Entonces, hizo un esfuerzo por comer; pero le fué absolutamente imposible.

Su marido la miraba con extrañeza, y bajo el peso de aquella mirada, más bien inquieta que interrogadora, aumentaba por grados la turbación de Luisa, cuyas mejillas se ponían pálidas y encarnadas alternativamente. En aquel momento, sonaron tres golpes acompasados en la puerta del jardín.

Cualquiera que fuese la persona que entonces llamaba, su visita era para Luisa un socorro providencial, porque ella venía á poner término á sus apuros y á distraer la inquietud del caballero.

Así es que se levantó con presteza para ir á abrir.

— ¿ Adónde está Nina? preguntó San Felice.

— No sé, respondió Luisa : tal vez haya salido.

— ¿ Á esta hora, á la hora del almuerzo y sabiendo que su ama está indispuesta? ¡ Imposible, hija mía!

Los golpes sonaron por segunda vez.

— ¿ Me permites que vaya á abrir? dijo Luisa.

— No, yo iré; tú no te sientes bien y estás fatigada; quédate, ¡yo lo quiero!

Algunas veces, San Felice decía *yo lo quiero*; pero con una voz tan dulce, con tal expresión de ternura, que jamás podía tomarse por el mandato de un marido á su mujer, sino por la súplica de un padre á su hija.

Luisa dejó que el caballero bajase la graderfa y que fuese á abrir la puerta del jardín; pero, inquieta á cada nuevo incidente que pudiese despertar en su marido algunas sospechas de lo que había pasado aquella noche, corrió á la ventana, y si bien no pudo conocer al recién venido, vió que era un hombre que parecía de alguna edad, cuya cabeza ocultaba por completo un sombrero de anchas alas. Aquel hombre examinaba atentamente la puerta sobre la cual había caído Salvato. Esta circunstancia produjo en Luisa un terrible escalofrío.

La puerta se abrió y el hombre entró en el jardín sin que la joven hubiese podido reconocerle.

Sin embargo, por el tono placentero con que San Felice le invitaba á seguirle, comprendió que era un amigo de la casa.

Luisa volvió á sentarse á la mesa, pálida y agitada.

Su marido entró en el comedor con Cirillo.

Luisa respiró. Cirillo, que en otro tiempo había sido médico del príncipe Caramanico y que frecuentemente hablaba de él con amor y respeto — aunque ignoraba el lazo de parentesco que le unía á Luisa — sentía por ella la más tierna afección y era persona que le inspiraba completa confianza.

Así es que al distinguirle se levantó y arrojó un grito de alegría; nada tenía que temer de su presencia.

Al contrario, ¡ cuántas veces durante aquella noche que había pasado casi entera junto al lecho del herido, se había acordado del buen doctor! ¡ cuántas veces, desconfiando de la ciencia de Nanno, había estado á pique de decir á Miguel que fuese á buscarle! pero no se había atrevido á ejecutar su deseo. ¿ Qué pensaría Cirillo de la reserva que usaba con su marido? ¿ cómo apreciaría las razones que la obligaban á guardar un silencio absoluto respecto á aquel terrible acontecimiento?

Sin embargo, la visita de Cirillo, que hacía más de dos meses que no parecía por casa de San Felice, de Cirillo, que se presentaba precisamente algunas horas después del momento en que tan deseada había sido su presencia, no pudo menos de chocar á Luisa y de parecerle muy extraordinaria.

Al entrar, Cirillo dirigió á la joven una mirada escrutadora; luego, accediendo á la invitación de San Felice, aproximó su silla á la mesa en que almorzaba el matrimonio y se dispuso á tomar la taza de café que, según la costumbre oriental, que es también la de Nápoles, porque Nápoles es la primera etapa de Oriente, acababa Luisa de servirle.

— ¡Pardiez! le dijo San Felice golpeándole amistosamente la rodilla, menester era una visita á las nueve y media de la mañana para que os perdonásemos el completo olvido que hacéis de nosotros. Os vendéis tan caro, querido doctor, que bien pudiéramos morirnos veinte veces antes que llegara á vuestra noticia.

Cirillo miró á San Felice con la misma atención con que había mirado á su mujer: pero si en el rostro de Luisa vió la misteriosa huella de una noche inquieta y agitada, en el del caballero no vió más que la apacible serenidad de la indiferencia y de la dicha.

— ¿De modo, querido amigo, respondió, que os causa placer verme *hoy por la mañana*?

Y recalcó las últimas palabras con marcada intención.

— Como siempre, querido doctor; por la mañana y por la noche y á todas horas me es grata vuestra

presencia; sin embargo, confieso que hoy tengo dos motivos especiales para alegrarme de vuestra visita.

— ¿De veras? ¿y vais á decírmelos?

— Sin duda... pero tomad vuestro café... Y á propósito de café, venís en mal día; hoy no le ha hecho Luisa... La muy perezosa se ha levantado... ¿Á que no adivináis á qué hora, doctor?

— ¡Fabiano! exclamó Luisa poniéndose encarnada.

— ¿Lo veis? ¡Se avergüenza de que se le hayan pegado las sábanas!... Pues se ha levantado ¡á las nueve!

Una palidez mortal sucedió al carmín que por un instante coloró las mejillas de la joven.

Cirillo notó ambas cosas, y, sin saber todavía cuál era la causa de aquella agitación, tuvo lástima de la infeliz.

— Pero ¿y esos dos motivos por los cuales os alegrabais hoy de mi visita?

— Á eso voy, respondió San Felice. Ante todo, imaginaos que ayer traje de la biblioteca de palacio las *Épocas de la naturaleza* del conde Buffón, libro que el príncipe ha hecho venir á escondidas, por cuanto á que está prohibido por la censura, sin duda porque sus teorías no se hallan de acuerdo con la Biblia.

— ¡ Oh! con tal de que estuviesen de acuerdo con el sentido común, dijo Cirillo sonriendo, poco importaría lo demás.

— Según eso ¿ vos no creéis como él que la tierra sea un pedazo del sol desprendido por el choque de un cometa?

— De ningún modo, amigo mío; así como tampoco creo que la generación de los seres vivientes se opere por moléculas orgánicas, lo cual es una segunda teoría del mismo autor no menos absurda, en mi concepto, que la primera.

— Me alegro infinito de que penséis así. Veo que no soy tan ignorante como temía.

— ¿ Vos ignorante, amigo mío, vos ignorante, cuando sois el hombre más sabio que conozco?

— ¡ Oh! hablad más bajo, querido doctor, no sea el diablo que algún académico os oiga decir semejante enormidad. De manera que es cosa convenida, ¿ no es cierto? la tierra no es un pedazo del sol... Queda, pues, zanjado este primer punto. El segundo es algo más importante y le tenéis ante vuestros ojos: ¿ Qué me decís de ese rostro?

Y San Felice señaló á Luisa.

— Que le enenentro tan hechicero como siempre, respondió Cirillo, aunque un poco fatigado y pálido por el miedo que tal vez pasó anoche la señora.

Y el doctor recalcó las últimas palabras.

— ¿ Miedo anoche? repitió San Felice.

Cirillo miró á Luisa.

— ¿ No ocurrió anoche nada que haya podido asustaros, señora? preguntó Cirillo.

— Nada, absolutamente nada, querido doctor.

Y Luisa le dirigió al mismo tiempo una mirada suplicante.

— Entonces, repuso Cirillo con la mayor indiferencia, es que habéis dormido mal.

— Sí, eso es, dijo San Felice riendo: anoche tuvo terribles pesadillas; y sin embargo, cuando yo volví de la embajada de Inglaterra, dormía tan apacible y profundamente, que entré en su alcoba y la di un beso sin que se despertase.

— Y ¿ qué hora era cuando volvisteis de la embajada inglesa?

— Serían las dos y media, poco más ó menos.

— Entonces no es extraño que nada vieseis... á esa hora todo había concluído.

— Y ¿ qué es lo que había concluído?

— Nada, que anoche asesinaron á un hombre á vuestra puerta...

Luisa se puso tan pálida como su peñador de batista.

Pero como el asesinato se cometió á las doce,

en que dormía ya vuestra señora, y como vos no entrasteis sino á las dos, se explica hasta cierto punto el que nada hayáis sabido.

— Tan nada, que vos sois el primero que nos da la noticia. Por desgracia, un asesinato en las calles de Nápoles no es cosa rara, y sobre todo en Margellina donde apenas hay un farol y donde todo el mundo se acuesta á las nueve de la noche... ¡Ah! ahora comprendo por qué habéis venido tan de mañana.

— Justamente, amigo mío: deseaba saber si el asesinato de anoche, ocurrido bajo vuestras ventanas, y cuya gravedad es mayor que la de un crimen ordinario, os había ocasionado alguna desazón.

— ¡Ninguna! ya lo veis... Pero ¿cómo habéis tenido conocimiento de ese crimen?

— De un modo muy sencillo: pasé por delante de vuestra puerta momentos después de haberse perpetrado. Según parece, la víctima era hombre de corazón y de puños, puesto que, defendiéndose, mató á dos esbirros y puso á otros dos fuera de combate.

Luisa devoraba las palabras que salían de la boca del doctor; hay que tener presente que aquellos pormenores le eran desconocidos.

— ¡Cómo! preguntó San Felice bajando la voz, ¿eran esbirros los esesinos?

— ¡Y capitaneados por Pascuale de Simone! respondió Cirillo en el mismo tono.

— ¿También vos creéis todas esas calumnias?

— Fuerza me es creerlas, á pesar mío.

Cirillo cogió á San Felice por la mano y le condujo hacia la ventana.

— ¿Veis allá abajo, le dijo señalando con el dedo, al otro lado de la fuente del León, á la puerta de aquella casa que hace esquina, un ataúd expuesto entre cuatro blandones?

— Sí.

— Pues encierra el cadáver de uno de los dos esbirros: el desventurado murió entre mis manos y antes de morir me refirió todos los pormenores del sangriento drama.

Cirillo se volvió con presteza para asegurarse del efecto que sus palabras habían producido en Luisa, la cual estaba de pie enjugando con el pañuelo el sudor de su frente.

Comprendiendo que las palabras del médico se dirigían á ella, le faltaron las fuerzas y se dejó caer sobre su silla juntando las manos.

Cirillo la hizo señas de que comprendía su angustia y la tranquilizó con una mirada.

—Yo me alegro infinito, repuso el doctor, de que esa triste ocurrencia haya pasado desapercibida para vosotros y de que nada hayáis visto ni oído. Pero, de todos modos, como vuestra señora se halla un poco indispuesta, mi visita no será en balde: por lo tanto, vais á permitirme que le dirija algunas preguntas y que le deje una receta. Y como los médicos somos siempre sumamente indiscretos y las señoras tienen, respecto á su salud, ciertos secretillos, ó mejor dicho, cierto pudor que rehuye hasta la presencia de un marido, me permitiréis también que la conduzca á su cuarto y que allí la interroge con entera libertad.

— Es inútil, querido doctor; permaneced aquí con Luisa y confesadla á vuestras anexas. Yo me voy á mi biblioteca, porque ya son las diez y hace veinte minutos que debía estar en camino... Á propósito: ¿sabéis lo que pasó anoche en el palacio de la embajada de Inglaterra?

— Sí, ya me lo han contado.

— Pues bien, ó mucho me engaño, ó la ocurrencia va á ser fecunda en acontecimientos; estoy seguro de que hoy baja el príncipe más temprano que de costumbre... quizá me esté ya esperando. Si pasáis por aquí esta noche, quién sabe si tendré alguna noticia que daros en cambio de las que nos habéis

traído hoy por la mañana... Pero ¡qué cándido soy! os decía que si pasabais por aquí, sin acordarme de que Margellina se halla al extremo de Nápoles y de que se necesita encomendarse á Dios para venir á este barrio.

Y besando á su mujer en la frente:

— Hasta luego, querida Luisa, le dijo. Cuéntaselo todo al doctor, y ten presente que tu salud es mi alegría, que tu vida es mi vida. Hasta la vista, amigo mío... ¡Cáspita! ¡las diez y cuarto! añadió echando una mirada á la péndola. ¡Adiós, adiós!

Y tomando el paraguas y el sombrero, echó á correr por la gradería.

Cirillo le miraba alejarse; pero, no teniendo paciencia bastante para esperar á que saliese del jardín, se volvió hacia Luisa y exclamó en tono de profunda angustia:

— Está aquí, ¿no es verdad?

— ¡Sí! ¡sí! murmuró Luisa cayendo de rodillas á los pies del doctor.

— ¿Muerto ó vivo?

— ¡Vivo!

— ¡Loado sea Dios! exclamó Cirillo. ¿Y habéis sido vos, Luisa, la?...

Y se interrumpió para mirarla con una ternura mezclada de admiración.

Luisa temblaba como una hoja.

— ¡Oh! ¡bendita seáis! continuó el médico levantándola y estrechándola contra su corazón.

Y á su vez, Cirillo se dejó caer en una silla enjugando el sudor que bañaba su frente.

CAPÍTULO IX

Los dos heridos

Luisa no comprendía una palabra de la escena que acababa de pasar. Lo único que adivinaba era que había salvado la vida á una persona por cuya existencia se interesaba Cirillo.

Viéndole palidecer bajo el peso de la emoción, la joven se apresuró á ofrecerle un vaso de agua fresca.

— Y ahora, dijo Cirillo levantándose vivamente después de haber apurado la mitad del vaso, no perdamos ni un minuto. ¿Adónde está?

— ¡Allí! respondió Luisa, señalando al extremo del corredor.

Cirillo hizo un movimiento en la dirección indicada: Luisa le detuvo por el brazo.

— Pero... le dijo vacilando.

— Pero, ¿qué? repitió Cirillo.

— Escuchad, amigo mío, y sobre todo, dispen-